

II Sección: Chile y Argentina: manejos políticos y relaciones internacionales

El significado de la revolución asturiana de 1934 en el proceso de des-sectarización del comunismo argentino: los orígenes del “frente popular” en la Argentina

Víctor Augusto Piemonte

augusto.piemonte@gmail.com

Recibido: 14 de octubre de 2014

Aceptado: 18 de noviembre de 2014

Resumen:

En la noche del 4 de octubre de 1934 comenzó la experiencia revolucionaria de los mineros de Asturias, quienes ejercieron su dominio sobre la región y dejaron sin efecto el poder del Estado nacional que por entonces se encontraba en manos de la Confederación Española de Derechas Autónomas. La influencia que ejerció la revolución asturiana en el trazado de la orientación política del “frente popular”, que supuso para el comunismo español el abandono del ultraizquierdismo sostenido hasta entonces, generó repercusiones históricas de honda trascendencia. Si bien la avanzada antiliberal a comienzos de los años '30 tuvo una expresión propia en la Argentina, las respuestas en favor de la democracia se fundieron con aquellas que se diseñaban en los países de Europa con los que existía una cercanía polivalente que incluía el terreno de la cultura política. Este trabajo demuestra que la revolución asturiana ejerció un fuerte impacto en la población argentina, poniendo el eje en las interpretaciones y utilizaciones que de ella hizo el Partido Comunista de la Argentina.

Palabras clave: Revolución de Asturias, Bienio Negro, Partido Comunista de España, Partido Comunista de la Argentina, Internacional Comunista, Frente Popular.

The meaning of the Asturian revolution of 1934 in the process of de-sectarianization of Argentinean communism: the origins of the “popular front” in Argentina

Abstract:

On the night of October 4, 1934 there began the revolutionary experience of the miners of Asturias, who exercised its domain over the region and left the power of the national State without effect, which was by then in hands of the Spanish Confederacy of Autonomous Rights. The influence that the Asturian revolution exercised in the tracing of the political orientation of the “popular front”, which



entailed, for the Spanish communism, the abandonment of the ultraleftism supported until then, generated historical after-effects of deep significance. Although the anti-liberal advance at the beginning of the 30s had a proper expression in Argentina, the answers in favor of democracy melted with those that were designed in the countries of Europe with which there existed a polyvalent closeness including political culture. This work demonstrates that the Asturian revolution exercised a strong impact in the Argentine population, placing the axis in the interpretations and uses given by the Communist Party of Argentina.

Keywords: Asturian Revolution, Black Biennium, Communist Party of Spain, Communist Party of Argentina, International Communist, Popular Front.

Introducción

En los años treinta la comunidad española en Argentina era demasiado grande como para que la repercusión de la Guerra Civil no fuera igualmente amplia entre sus miembros, superando la cifra de 300.000 españoles dentro de un total de habitantes en Buenos Aires que ascendía los 2,5 millones (Romero, 2011, p. 19), pero la magnitud de su número no alcanza por sí sola para explicar el hondo compromiso y la prematura capacidad organizativa con que fue correspondida por el grueso de la población local. Las distintas respuestas y acciones generadas en torno de ella requirieron de una preparación previa en un contexto signado, paradójicamente, por la desmovilización política de las masas. Cuando el conflicto español estalló, los distintos sectores de la sociedad argentina poseían ya una clara postura adoptada en lo referente a la situación ibérica, y es por eso que se volcaron con tanta velocidad y definición a apoyar a uno u otro bando. La historiadora Silvina Montenegro destacó que esta identificación palmaria se debió al hecho de que las fricciones españolas más inmediatamente imbricadas en la guerra peninsular en realidad se hallaban en danza desde unos pocos meses anteriores a su estallido, motivo por el cual, cuando la conflagración se transformó finalmente de potencia en acto, ésta resultó ser el producto de una realidad con la que todos se hallaban familiarizados (Montenegro, 2002, p. 61). No obstante, Montenegro no extendió la reacción de las masas trabajadoras hasta más allá de diciembre de 1935, es decir, aquel momento en que la conducción de la Confederación General de



Trabajadores de la Argentina fue transferida desde los sindicalistas a los socialistas, a la par que se iniciaba el ascenso inédito de la influencia comunista en el movimiento obrero.¹ La conmemoración del 1° de mayo de 1936, con sus arengas contra el fascismo a partir del triunfo del Frente Popular español, aparecía así como el precedente directo en relación a la movilización popular ante la asonada franquista del 18 de julio. Aunque es evidente que estos sucesos ejercieron una incidencia directa para el desarrollo del proceso consciente que volcó masivamente el favor de los trabajadores del lado de los republicanos, también es cierto que esta acción de reconocimiento, esta construcción de una identificación de intereses, encontraba antecedentes más tempranos, los cuales se remontaban a los comienzos mismos de la Segunda República.

La importancia contenida en la destrucción de la dictadura de Primo de Rivera y su reemplazo por un gobierno democrático popular no hubo de pasar desapercibida para el conjunto de los explotados y oprimidos de la Argentina (Figallo, 1992, pp. 99-113).² A partir de aquel instante se suscitó un hecho de singular trascendencia que marcó a fuego la divisoria de aguas entre las antidemocráticas fuerzas reaccionarias y las democráticas fuerzas del progresismo, manteniendo profundamente alerta la mirada sobre España. Nos referimos a la revolución de los trabajadores de las minas de Asturias, producida en el mes de octubre de 1934, que por haber representado un episodio trascendente en la historia de la lucha de clases en España fue oportunamente considerado por el especialista Raymond Carr como “el origen inmediato de la guerra civil” (Carr, 1985, p. 41). En este estudio nos proponemos dilucidar en qué medida las direcciones de la Internacional Comunista (IC) y del Partido Comunista de la Argentina (PCA) se sirvieron de la experiencia asturiana para sacar en limpio aquellas lecciones políticas que desembocaron en el abandono de la política sectaria ultraizquierdista contemplada en la táctica de lucha de “clase contra clase”, votada por la IC en

¹ Quien ha trabajado más intensamente esta cuestión es Hernán Camarero, entre algunos de sus trabajos más importantes: 2001, pp. 137-155; 2002, pp. 189-203; 2007.

² Para puntualizar sobre las repercusiones de la conexión en el campo de derechas de Argentina y España, ver González Calleja, 2007, pp. 605-624.



su VI Congreso de 1928, y contribuyeron a dar paso a la adopción en el congreso siguiente de la línea de “frente popular”.

El otro Octubre rojo

Los trabajadores de Asturias habían marchado a la vanguardia de los reclamos sociales en el complicado transcurso que medió entre la supresión de la dictadura de Primo de Rivera el 28 de enero de 1930 y la conformación en elecciones libres del nuevo régimen republicano durante el mes de abril de 1931 (Shubert, 1984a, p. 102). Fueron varias e importantes las reivindicaciones sobre el salario y las condiciones de trabajo que habían sido arrebatadas por los mineros a la patronal, especialmente entre 1918 y 1919. El protagonismo asturiano reconocía así antecedentes en la región que se traducían en una verdadera tradición de lucha (cf. Ruíz, 1981; Shubert, 1984b). La explotación del carbón en España había conocido su época de oro en momentos en que la Primera Guerra Mundial había cortado los suministros procedentes de Gran Bretaña. La expansión de la actividad extractiva se acompañó de un incremento en la participación gremial. El Sindicato Obrero de Mineros de Asturias (SOMA), que poco después de su fundación en 1910 nucleaba a alrededor de 12.000 trabajadores, conservó gran parte de esta fuerza aún en aquellos años de posguerra en que la recuperación de la economía británica devolvía al carbón español el magro poder de negociación en el mercado mundial que había detentado hasta antes de 1914.

Aunque era conducido moderadamente por los socialistas desde su integración a la UGT en 1911, el sindicalismo constituía para los mineros un valuarte de enorme consideración para la promoción efectiva de sus intereses. Ante el crecimiento del desempleo y el recrudescimiento en las formas de explotación que siguieron al fin de la Gran Guerra, la respuesta de los mineros no se hizo esperar. En la primera mitad de los años veinte se vio proliferar drásticamente el número de huelgas generales. A esta situación contribuyó, pese a una breve existencia que tuvo lugar entre 1922 y 1935, la intensa actividad del Sindicato Unico de Mineros de Asturias (SUM), bastante más radicalizado que el sindicato oficialmente reconocido. El SUM, que contaba con 9.000 afiliados y



estaba dirigido por una coalición de anarcosindicalistas y comunistas, operaba desde la clandestinidad.³ Los trabajadores fueron derrotados, pero su experiencia en el campo de la lucha obrera habría de perdurar. De este modo, cuando el capitalismo mundial debió lidiar con los embates de la crisis del '29, los mineros asturianos contaban con una amplia experiencia de presión y negociación. A partir del triunfo de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) en las elecciones de noviembre de 1933 que dio inicio al denominado *Bienio negro*, encabezado por Gil Robles y Lerroux, los socialistas que actuaban en el SOMA decidieron dar un giro hacia la radicalización.

El nuevo panorama de tensiones políticas y económicas abrió el paso a la conformación de una Alianza Obrera en Cataluña durante febrero de 1934, a la que adscribieron el Bloc Obrer i Camperol, los Sindicatos de Oposición (conocidos como "treintistas"), la Unió Socialista, la Unió Rabassaires, el Partit Catalá Proletari y la Esquerra Republicana. Poco más tarde, en el mes de marzo, el ejemplo de los obreros catalanes fue emulado por sus pares de Asturias. La Alianza Obrera asturiana tuvo por núcleo la unidad de los anarquistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) con los socialistas de izquierda de la Unión General de Trabajadores (UGT). En la noche del 4 de octubre de 1934 comenzó la experiencia revolucionaria de los obreros insurrectos, quienes se apresuraron a ejercer su dominio sobre la región, dejando sin efecto el poder del Estado nacional. La revolución incluyó el asalto al centro estatal de fabricaciones militares de Oviedo. Pero esta ciudad, la más importante para el plan trazado por los obreros, no contó con el favor de los trabajadores locales y la revuelta fue finalmente asfixiada por las tropas comandadas por el general López Ochoa. En su corta pero intensa duración, la fugaz revolución de Asturias había movilizó a alrededor de 30.000 trabajadores, se había cobrado las vidas de 1.335 personas, dejando a 2.951 heridos y -si bien no hay cifras fidedignas- cerca de 30.000 detenidos.⁴ El

³ La CNT perdió la afiliación del SUM en 1931, cuando éste pasó a adherir a la Internacional Sindical Roja (Alvarez, 2002, p. 292).

⁴ Cifras de Thomas, 1980, p. 162 y notas 35-36 p. 167. Para Stanley Payne los detenidos políticos fueron 15.000, en tanto que otras 15.000 detenciones habrían sido realizadas contra



aplastamiento de la revuelta minera significó el triunfo del programa de gobierno reaccionario de la CEDA. Pese a ello, el vínculo que iba a establecerse entre la insurrección asturiana y la inminente experiencia de “frente popular” sería demasiado estrecho y generaría repercusiones históricas de honda trascendencia. De tal suerte, uno de los puntos fuertes en la campaña del conglomerado republicano-democrático consistió en promover la amnistía general para todos los prisioneros políticos que habían dejado las jornadas de octubre de 1934.⁵ Cuando la instauración de la Segunda República abre un amplio abanico de posibilidades para introducir reformas al sistema, las expectativas de los trabajadores de la hulla cuentan con los instrumentos adecuados y aceitados para ponerlas en movimiento.

Sostenemos aquí que la experiencia de la insurrección asturiana permite, a su vez, tomar pleno conocimiento del cambio de posición estratégica que por entonces comenzaba a ser solicitado por el PCUS y promovido por la IC. A pesar de que la historiografía existente no se ha detenido en el análisis de lo sucedido en el sentido que aquí le otorgamos, optando por privilegiar la consideración de los hechos en forma aislada y no en la concatenación que dio forma a un proceso sociohistórico de mayores implicancias, cierto es que los marcos configurados para la sujeción del comunismo español dentro de las directrices del comunismo soviético pueden ser rastreados en el episodio asturiano. En el tiempo que llevaba de existencia la Segunda República, se

delinquentes comunes (Payne, 2003, p. 79). La cifra de 30.000 presos por los sucesos de Asturias es validada por el escritor del PC francés André Malraux en su novela aparecida originalmente en 1937 *La esperanza* (Malraux, 1978, p. 24).

⁵ Como se había hecho en los años anteriores, para el día 14 de abril de 1935 estaba pautada la conmemoración del aniversario -el cuarto- de la instauración de la Segunda República. Aprovechando la movilización popular que había de generar dicho evento, Manuel Azaña, Felipe Sánchez Román y Diego Martínez Barrio (en representación, respectivamente, de la Izquierda Republicana, del Partido Nacional Republicano y de la Unión Republicana), redactaron y firmaron un documento en el que se criticaban los términos pautados para el levantamiento del estado de guerra impuesto por Gil Robles y Lerro, jefes durante el Bienio negro de la mayoría parlamentaria y del gobierno respectivamente. El gobierno, planteaban los suscriptores del documento, debía devolver las garantías constitucionales para el ejercicio de la actividad política y sindical de plenos derechos, lo que llevaba a requerir la liberación inmediata de los presos políticos por los acontecimientos de Asturias y la restitución a cada uno de ellos de los puestos de trabajo que hasta entonces habían detentado. Esta demanda no fue atendida por el gobierno de la CEDA, y acabó convirtiéndose en uno de los pilares en el programa sostenido por el Frente Popular en su campaña para las elecciones generales de febrero de 1936. El importante documento mencionado es reproducido en Martínez Barrio (1943, pp. 27-29).



había hecho fuerte en el Partido Comunista de España (PCE) la concepción encarnada por su secretario general, José Bullejos, acerca de que el proletariado se hallaba consustanciado en el partido, el cual debía erigirse en la única dirección posible para la revolución democrático-burguesa (Tuñón de Lara, 1985, p. 300). Fue por ello que José Antonio Balbontín Gutiérrez, quien después de conducir el ingreso del Partido Socialista Revolucionario al PCE en febrero de 1933 y tras haber resultado electo como primer representante en las Cortes por el comunismo, debió romper en abril de 1934 con su partido al recibir un rechazo irrevocable por parte de la dirección internacional ante su propuesta de producir un acercamiento con el Partido Socialista Obrero Español (PSOE).⁶ Hasta pocos días antes de que estallara la revolución asturiana, el PCE no tenía muy en claro qué postura adoptar a este respecto. En un principio, siguiendo las resoluciones adoptadas en septiembre de 1930 por la ISR en lo relativo a los métodos propicios para combatir el influjo en las masas obreras de la burocracia sindical (S/a, 1930, p. 44), el PCE clamó por la conformación de un frente único de base, argumentando que la Alianza Obrera era obra exclusiva de los dirigentes y no debía ser apoyado. Pero viendo sus expectativas aisladas del clamor general, el PCE acabó por ingresar a la organización de los socialistas y anarcosindicalistas a mediados de septiembre de 1934 (Tuñón de Lara, 1985, p. 352). Los comunistas prestaron miembros para la conformación del Comité Revolucionario Provincial -con sede en Oviedo- y de los distintos comités locales que se fueron organizando a lo largo de las dos semanas durante las cuales se prolongó la revolución. Estuvo implicado en la operación aproximadamente un tercio del territorio provincial, que cayó bajo el control los obreros y sobre el cual se estableció una revolucionaria fórmula -de aquí la caracterización del acontecimiento- de organización social.

El compromiso del PCE fue incrementándose según transcurrían las jornadas, resultando de ello que el segundo Comité elegido en Oviedo contó con cinco comunistas -originariamente había tenido dos representantes-, dos socialistas

⁶ Ver Cabrera (2007, pp. 24 y 62) y Ibárruri (1985, p. 548). Para una visión integradora sobre la participación del socialismo en el octubre asturiano, ver Avilés Farré (2008, pp. 129-157).



de la Juventud y un anarquista. Asturias representaba un serio intento de radicalización contra el avasallamiento de un gobierno de derechas: “Lo más interesante de este breve período de predominio comunista fue el intento de sustituir las milicias obreras existentes por un «ejército rojo», formado mediante la leva de todos los obreros comprendidos entre los dieciocho y treinta y cinco años de edad” (Shubert, 1984^a, p. 118). La Alianza Obrera había acabado por encarnar las aspiraciones integracionistas que empezaban a vislumbrarse en el programa general inmediato del PCE. Los dirigentes comunistas intentaron, infructuosamente, conformar un comité de unidad con los socialistas hacia fines de noviembre de 1934 que permitiera dotar de organicidad a todo un cúmulo de tareas que se consideraba pertinente fueran libradas de manera conjunta (Payne, 2003, p. 87). Finalmente, la política de “frente popular” sería oficializada para el comunismo español algunos meses más tarde. La consecuencia política inmediata que a este respecto tendría la asonada de Franco y sus moros fue que ganó un tremendo impulso la profundización en el comunismo de la nueva postura de unidad popular.

En este sentido, señalaba Pierre Broué que en España ya se había dado un intento de “frente popular” previo al conglomerado de fuerzas que ganó las elecciones en 1936, y anterior incluso al abandono pionero de la estrategia sectaria ultraizquierdista por parte del Partido Comunista de Francia y de la reconversión definitiva de la orientación política por parte de la IC en su VII Congreso. Y es que en octubre de 1934 la rebelión de Asturias había confluído en la unificación de los socialistas y los republicanos de izquierda, unidad que se mantuvo después de finalizado el conflicto y que encontró justamente en la liberación de todos los presos políticos implicados en la lucha su punto de campaña más saliente. A través de su secretario general José Díaz, el PCE hizo conocer en junio de 1935 sus intenciones de participar en la integración de las fuerzas antifascistas de España (Broué, 1985, p. 22). Ideológicamente distanciados de los socialistas que conducía el izquierdista Largo Caballero, los comunistas, que no habían realizado todavía ningún tipo de inserción duradera



dentro del movimiento obrero español,⁷ terminaron cerrando filas con los republicanos moderados. La coyuntura de la historia española sentaba así los precedentes para una paradoja en la cual se radicalizaba el partido de los reformistas, que pasaban ahora a hacer uso de un arsenal terminológico de corte fuertemente revolucionario, al tiempo que se producía la moderación del partido que bregaba por la revolución mundial, tan preocupado por entonces en conciliar los intereses de la clase obrera y el campesinado con las aspiraciones de la pequeña burguesía. Según sostiene Broué, la resistencia popular asturiana fue eficaz toda vez en que pudo armarse y desobedecer las consignas que bregaban en favor de aquella disciplina delegacionista que promovía el gobierno de Giral. Tanto así que, “En los días que siguen la sublevación el partido comunista es pues la única organización obrera que, de hecho, ofrece su obediencia a un gobierno incapaz de mandar” (Broué, 1985, p. 24). El PCE se aferró a la conducta legalista, respetuosa de las instituciones y las normas vigentes, que iba a mantener de manera taxativa en lo que le quedara de vida a la Segunda República y que constituyó el punto de discrepancia determinante con los sectores revolucionarios pro-republicanos. La situación a enfrentar dos años más tarde iba a ser esencialmente distinta, pero generaría respuestas similares. Julio del '36 encontraría invertidos los términos imbuidos en la coyuntura, caracterizada no por una insurrección proletaria contra un gobierno de unidad de derechas, sino por un alzamiento militar reaccionario contra un gobierno de unidad de izquierdas y centro-izquierdas. Para entonces, el paso de la política de “clase contra clase” a la política de “frente popular” ya había sido ratificado por la IC en su Congreso de agosto de 1935. Los comunistas españoles procuraron en este caso combinar las acciones que habían emprendido en la región carbonífera del norte. Por un lado, fomentarían la disolución de las milicias obreras para favorecer la formación de un ejército rojo. Por otro lado, procurarían por todos los medios

⁷ Con clara diferencia de lo que hace el PCA, el PCE entra en los años treinta sin contar en su haber con ninguna organización sindical propia. La creación del SUM representó una de las primeras y más significativas experiencias del comunismo español para fortalecer su inserción entre los trabajadores. Durante su permanencia en España Codovilla intentó revertir esta situación, alentando la unificación exitosa entre la UGT y la CGTU, que finalmente se produjo en el mes de noviembre de 1935 (Domínguez, 2006, p. 68).



limitar la actividad de dicho ejército a una lucha defensiva no-revolucionaria. Sin embargo, las aspiraciones militares comunistas no serían satisfechas en forma unánime siquiera por sus propios miembros. André Marty, miembro del Comité Ejecutivo (CE) de la IC desde 1932 y del Secretariado en 1935, fue designado por la Unión Soviética como inspector de las Brigadas Internacionales. Además de llevar a cabo el papel de informador principal de la IC, Marty se desempeñó a partir de septiembre de 1936 en la elaboración de los posicionamientos militares que iba adoptando el PCE.⁸ Según recoge Svetlana Pozharskaya, en el momento en que el presidente de las Cortes Diego Martínez Barrio consultó a Marty cuáles eran los requisitos que los voluntarios recientemente arribados a España pensaban solicitar para prestar su apoyo a la República, el delegado francés contestó que no había más condición que la de supeditar las Brigadas Internacionales al control del gobierno central. Pero resultó ser que en varias oportunidades los líderes brigadistas, en muchos de los casos miembros destacados del comunismo, no cumplieron con el compromiso de subordinar sus unidades al aparato del estado español (Pozharskaya, 2003, p. 50). Es muy importante tener presente esta situación, ya que, una vez depuesto el gobierno de Largo Caballero, los comunistas en España basaron su campaña de represión a las agrupaciones más radicalizadas amparados en el principio de la necesidad de mantener un único mando disciplinado para el desarrollo de la guerra.

Implicancias políticas inmediatas de la experiencia huelguística asturiana

Los ojos del movimiento comunista internacional se posaron en la península ibérica con anterioridad a la sublevación de los nacionales. Durante su exposición en el VII Congreso de la IC, celebrado en Moscú durante el mes de agosto de 1935, Wilhelm Pieck había dicho:

La actividad total de los socialistas españoles en el Gobierno de Azaña y fuera de éste tuvo por finalidad entenderse con la burguesía, conservar la propiedad privada, proteger los intereses de los grandes terratenientes, de la Iglesia y de la burguesía

⁸ Para una mayor profundización acerca de la participación de André Marty en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil Española, ver Pagès I Blanch (2003).



contra el asalto revolucionario de las masas y dejar intacto el viejo aparato del Estado burgués. A causa de esto, debilitaron al proletariado y reforzaron a los fascistas (Pieck, s/f, pp. 36-37).

Es decir que los socialistas españoles, cuyo activismo era condenado por uno de los referentes máximos del comunismo internacional, habían levantado exactamente las mismas banderas -exceptuando las menciones de la defensa de los latifundios y de los bienes eclesiásticos, que no pasaba de ser una mera provocación- que incansablemente iba a defender la IC algunos meses más tarde. A su turno, Dimitrov cargaba tintas contra el PSOE por su moderado papel en el gobierno republicano, y en especial durante la insurrección de Asturias. Curiosamente -y, a la luz de los sucesos inmediatamente posteriores, contradictoriamente- el dirigente búlgaro recriminaba a los socialistas el no haber exigido confiscaciones entre los grandes terratenientes y la Iglesia para obtener de ese modo el apoyo del campesinado en un proyecto de transformación revolucionaria de la realidad económica y social de España (Dimitrov, s/f, p. 82).

La avanzada antiliberal tuvo una expresión propia en la Argentina, y las respuestas en favor de la democracia se fundieron aquí con aquellas que eran diseñadas en los países de Europa con los que existía una cercanía polivalente que incluía el terreno de la cultura política. Así, cuando a fines de julio de 1933 se supo del inminente arribo al puerto de Buenos Aires del buque *Monte Olivia* que traería a un centenar de veteranos de guerra alemanes con el objetivo de promocionar el programa del Partido Nacionalsocialista, la confrontación entre los obreros argentinos y el gobierno nacional quedó inmediatamente planteada. Si bien toda “huelga general, aún la que se convoca por metas económicas, es por definición política”, lo cierto es que la huelga convocada para agosto fue política en su origen, puesto que se inscribió “en la línea de confrontación contra el fascismo” (Iñigo Carrera, 2005, p. 90). Pero en esta disputa el PCA no hacía distinciones entre ninguna de las fuerzas políticas disímiles que componían el arco político argentino; radicales, socialistas, anarquistas y trotskistas padecían las mismas críticas que el análisis comunista destinaba a los jefes militares del golpe del 6 de septiembre de 1930, lo que implicaba



implícitamente el reconocimiento en el nuevo gobierno anticonstitucional una prolongación del radicalismo aunque sin radicales. Existió tempranamente una intención por reparar este ostracismo, consistente en la participación en la huelga general de octubre del mismo año, convocada por los anarquistas de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) para exigir el levantamiento de las primeras medidas autoritarias tomadas por el flamante gobierno ilegítimo. Del mismo modo, el PCA contribuyó a desarrollar las nuevas huelgas organizadas por los foristas entre 1931 y 1933, así como tomó parte también en la manifestación del 1° de mayo de 1931 que fue convocada por el Partido Socialista Argentino (PSA) (Iñigo Carrera, 2006, p. 56). Pese a estos intentos de expandir el juego político con otras fuerzas rivales, la obnubilación sectaria que profesaban los partidos comunistas a partir de las consideraciones de sus respectivas direcciones, debía aún pasar por nuevas pruebas para terminar siendo cuestionada desde adentro.

El PCA seguía por entonces preso de la lógica ultraizquierdista, la cual guió su interpretación de los hechos de Asturias en 1934. La insurrección asturiana era concebida por los comunistas argentinos en términos de una doble lucha: lucha de aniquilación contra la opresión de la burguesía propietaria, pero también lucha entre las tácticas socialista-anarcosindicalista y comunista. Asturias representa, en el imaginario político comunista que en torno a ella empieza a constituirse, la derrota de una socialdemocracia anticuada e inapropiada en sus propuestas:

Oviedo, la roja, se ha transformado en un símbolo. Es el grito elocuente del fracaso de la táctica socialdemócrata de la defensiva, de la indecisión del parlamentarismo. El proletariado español ha hecho su propia experiencia y ha advertido a donde conduce la socialdemocracia. Igual que en Austria. Y los heroicos trabajadores socialistas de España darán el mismo paso que han dado sus compañeros del P.S. austríaco, que han dado numerosos dirigentes concientes y revolucionarios de la socialdemocracia austríaca: advertirán la quiebra definitiva de la II Internacional, y marcharán hacia el comunismo, hacia el partido único de la revolución mundial.⁹

⁹ *La Internacional. Órgano del Partido Comunista de la Argentina, sección de la Internacional Comunista*, 30/10/1934, año XVIII, N° 3433.



Resulta notable advertir cómo los comunistas argentinos repetían la fórmula del VI Congreso de la IC, hallándose todavía la política de “frente popular” en una fase experimental. E interesante es contraponer este convencimiento de la ineptitud socialdemócrata con aquella confianza en la capacidad del socialismo defendida por el PCA apenas unos meses más tarde. Puede interpretarse que este cambio de consideración debió haber motivado la proposición de “frente único” que el Comité Central del PCA realizó al Comité Ejecutivo del PSA a fines de 1934. No hubo entonces una respuesta abierta por parte del PSA. Se recibió, en cambio, una contestación formal por parte de Rubinstein, quien, en representación de la dirección socialista, sostuvo que la conveniencia de integrar un frente único no encontraba asidero en las condiciones políticas existentes.¹⁰ Por su parte, desde *Soviet*, revista teórico-política del PCA, el intelectual orgánico más importante en la historia del partido, Héctor Agosti, publicaba un artículo referido al proceso insurreccional de Asturias. De manera mucho más reflexiva que la dirección del partido que integraba, Agosti señalaba las contradicciones inherentes a la estructura socioeconómica de España y brindaba algunos fundamentos sobre la no culminación de la revolución democrático-burguesa iniciada con la instauración republicana el 14 de abril de 1932.¹¹ En dicha nota, el autor llegaba a tomar conocimiento, a partir de la lectura de los primeros periódicos arribados desde España, de la constitución de la Alianza Obrera, que era percibida por él como la chispa primigenia de la revolución proletaria española, mascarón de proa de la lucha antifascista mundial.

Que la revolución asturiana había encontrado gran repercusión en la sociedad argentina queda constatado a partir de la prolongada atención que en general le dedicó el variopinto arco de la prensa argentina.¹² Los primeros comités de solidaridad con la República española fueron creados durante las jornadas de Asturias, tal como lo atestiguó la conformación por el PCA del Patronato

¹⁰ *La Internacional*, 1° decena de diciembre de 1934, año XVIII, N° 3441.

¹¹ *Soviet. Revista editada por el Comité Central del Partido Comunista, Sección Argentina de la Internacional Comunista*, “La revolución española”, octubre de 1934, año II, N° 10.

¹² El impacto de los sucesos asturianos en una parte significativa de la prensa gráfica argentina fue estudiado por Cabrera (2007).



Español de Ayuda a las Víctimas Antifascistas. Las recaudaciones logradas a través de la gestión de este organismo eran centralizadas por el Socorro Rojo Internacional (SRI) (Quijada, 1991, p. 138).¹³ Es a partir de la revolución asturiana que el SRI, organismo creado por la IC en 1922 con la finalidad de asistir a las víctimas políticas de la represión ejercida por las fuerzas reaccionarias, logra establecerse con cierta firmeza en territorio español. Esto fue lo que permitió que la ISR pudiera contar en 1934 con un número de afiliados incluso mayor que el detentado por el PCE.¹⁴

Si bien la experiencia de Asturias pudo contribuir, en cierta medida, a predisponer a la masa de trabajadores organizados para colaborar en la generación de diferentes prácticas de apoyo a la España republicana, tampoco alcanza por sí sola a explicar el fuerte activismo popular que emergió al calor de la guerra civil. La crisis general de la economía capitalista tuvo su correlato en una crisis general del paradigma político liberal hasta entonces imperante. La Argentina no se encontró librada de los efectos ni de una ni de otra crisis. El autoritarismo represivo de principios de la década de 1930 obstaculizó el ya de por sí magullado movimiento obrero argentino. Fue necesario que transcurrieran algunos años para que pudieran plantearse nuevos espacios de intervención gremial y política. Tras algunas muestras de pragmatismo militante en ese sentido, las masas trabajadoras vieron reflotar y fortalecer sus agrupEn este sentido, cerca de dos años después de haberse producido, Aníbal Ponce diría con originalidad y audacia que

La insurrección de Asturias, derrotada porque no tuvo la colaboración que le era necesaria, dejó sellado, creo yo que para siempre, el frente único del proletariado revolucionario: socialistas, anarquistas y comunistas pelearon hombro a hombro con igual denuedo. Y esa unidad de los trabajadores que la lucha impuso, repercutió en la doctrina y en la táctica de sus propios jefes (Ponce, 1939, pp. 247-248).¹⁵

¹³ Llama la atención que ni una sola referencia sobre estos sucesos haga el más importante historiador comunista del movimiento obrero, Rubens Iscaro (1973).

¹⁴ Las cifras que proporciona Laura María Branciforte son menores para el caso del PCE que las habitualmente reconocidas como válidas, las cuales, tal como se verá más adelante, ascendían a 20.000 para el año de 1934 (Branciforte, 2007, pp. 11-12).

¹⁵ Se trata de una serie de conferencias pronunciadas por Ponce en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires durante los días 26, 27 y 28 de agosto de 1936, reunidas



Es interesante recuperar esta apreciación que hace Ponce de la significación que tuvo el levantamiento minero de Asturias para la conformación del inminente Frente Popular español, pues permite advertir que fue la fuerza de los hechos lo que indujo a la unidad obrera, y no la aplicación de un plan diseñado para la ocasión por las jefaturas partidarias. La realización del Frente Popular en España corría de abajo hacia arriba, en el sentido de que era en la cúspide de los nucleamientos políticos reformistas y revolucionarios en donde se había traducido la expresión de la lucha desarrollada por los asalariados en una planificación de largo aliento que debía ser, entonces sí, conducida por las direcciones partidarias y sindicales.

El PCA y la política de “frente popular” a la luz del caso español

Uno de los miembros fundadores del Partido Comunista Alemán y especialista en problemáticas de comunismo latinoamericano, Fritz Heckert, daba en 1933 una definición en torno del nuevo fenómeno expansivo de la política internacional europea. Su apreciación se erigiría en la interpretación canónica que sobre el nuevo reacomodamiento de fuerzas políticas asumía el movimiento comunista mundial. El fascismo y el nazismo eran caracterizados por Heckert como el recurso implementado por la burguesía a los fines de contrarrestar los efectos de la lucha de clases:

Cio' che avviene ora in Germania prova chiaramente quali sono i mezzi con i quali la borghesia lotta nel momento in cui è posta all'ordine del giorno la questione della rivoluzione proletaria, con quali mezzi il proletariato dovrà combattere contro la borghesia e contro i suoi cani da guardia.

Gli avvenimenti della Germania mostrano in pari tempo che cosa sarà il mondo capitalistico nel caso di una prossima guerra imperialista, e, in special modo, di una guerra contro la Unione dei Sovieti, quale sarà l'atteggiamento della socialdemocrazia, la quale oggi in Germania è passata dalla parte della borghesia, mostrano perchè da tre anni in qua i comunisti chiamavano i socialdemocratici socialfascisti (Heckert, 1933, p. 168) .

para su publicación en la reedición ampliada del mencionado libro, publicado originalmente en 1933.



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

El CE de la IC resuelve el 28 de mayo de 1934 preparar el temario que deberá ser tratado en el desarrollo del VII Congreso de la Comintern (Institut Markizma-Leninizma pri TsK KPSS, 1975, p. 27). En una carta que Dimitrov envía a la comisión encargada de elaborar el proyecto encargado de estudiar las tareas del comunismo internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera para combatir el fascismo, con fecha 1° de julio de 1934 (es decir, un año antes del inicio del congreso), el dirigente búlgaro anticipa en un primer plano la necesidad de corregir la caracterización de “socialfascismo” adjudicada a la socialdemocracia (Dimitrov, 1975, pp. 83-85).¹⁶ Se debía buscar el diálogo por la conformación de un verdadero frente único con los sindicatos reformistas sin plantear como condición previa el reconocimiento de una hegemonía por parte de los partidos comunistas. La atención que en el CEIC había generado España era tal que, en momentos en que celebraba su VII Congreso en el mes de septiembre de 1935, se dispuso que la sección española recibiera de la Comisión de Hacienda de la IC un incremento en su presupuesto, que a partir de entonces debía pasar de un millón de francos anuales a cinco millones (Rodinevitch y Comin, 1941, pp. 32-33).

A través de la conformación de la alianza militar entre Alemania y Japón, gestionada a través del denominado Pacto Anti-Komintern firmado el 25 de noviembre de 1936, al que adhería Italia un año más tarde, el fascismo internacional adquiriría proporciones y organicidad francamente preocupantes para los ya de por sí duramente golpeados sectores de izquierda. Siguiendo las nuevas indicaciones acordadas por la IC, el PCA emprendía el abandono de la lucha contra los *socialfascistas* autóctonos para volcar sus energías a combatir a los fascistas de pura estirpe. Bajo la perspectiva del comunismo las condiciones de la lucha económico-social, para fines de 1934, habían cambiado. La lucha de clases, según la óptica de la dirección comunista del momento, no reconocía a los mismos rivales ni a los mismos aliados que habían integrado los distintos bandos caracterizados en el período

¹⁶ La propuesta de Dimitrov sobre la conveniencia de acercamientos con las organizaciones socialdemócratas que se remonta a mediados de 1934 es destacada por Hájek (1984, pp. 283-284).



ultraizquierdista precedente. La historia oficial del comunismo dejó asentada esta preocupación del partido por comenzar a imprimir en el país la nueva táctica que proponía el comunismo internacional. Fue a raíz del movimiento revolucionario de Asturias que la dirección del PCA le propuso realizar conjuntamente acciones de solidaridad con los obreros españoles a la dirección del PSA. La propuesta comunista fue rechazada, lo que no impidió que fueran creados “los primeros Comités de Unidad por la base, en solidaridad con el pueblo español, que más tarde se entroncaron con el gran movimiento de ayuda a España Republicana que se inició en 1936” (Comisión del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, 1947, p. 80)¹⁷.

A comienzos de 1934, la posición los líderes del comunismo argentino respecto de la planificación a adoptar para conducir la transformación social era muy distinta a la que defenderían a viva voz dos años más tarde. En esta función de diseñar y reformular estrategias de confrontación, los jefes del PCA tomarían como unidad de análisis la República española. No sorprende que el nuevo posicionamiento haya estado diagramados teóricamente y sustentados empíricamente en los acontecimientos destacados de la España republicana a medida que se iban sucediendo. Paradójicamente, la dirección del PCA no ahorraba críticas en 1934 sobre aquello que pasaría a fomentar en 1936. El editorial de la revista *Soviet*, cuyo subtítulo era *Revista editada por el C.C. del P. Comunista (Sec. Arg. de la I.C.)*, denunciaba:

¿Qué dictadura del proletariado es la que propician los jefes socialistas de España? Largo Caballero e Indalecio Prieto lo han dicho en sus discursos: una dictadura que no alterará el carácter latifundista de España, que no socializará la industria (discurso del 3 de febrero). Es decir, una dictadura que dejará en pie, el poderío de los terratenientes y capitalistas, una dictadura que respetará sus privilegios. Con lenguaje izquierdista, los jefes socialistas españoles siguen defendiendo todas sus viejas posiciones. Quieren volver al gobierno para repetir Casas Viejas, para tratar de impedir la verdadera dictadura proletaria, orientada por el Partido Comunista.¹⁸

¹⁷ Fanny Edelman, militante histórica del PCA que se afilió en 1934 para comenzar tareas en el Socorro Rojo, recordaría mucho más adelante la importancia contenida en este mismo episodio (Edelman, 1996, p. 34).

¹⁸ *Soviet*, “Fascismo y Guerra o Revolución”, enero-febrero de 1934, año II, N° 1-2.



Tras la fusión de la Unión Sindical Argentina (USA) y la Confederación Obrera Argentina (COA) el 27 de septiembre de 1930, la nueva central obrera, la Confederación General del Trabajo (CGT), nucleó en un principio a más de 200.000 obreros. En respuesta a la política de cooperación con la izquierda democrática impulsada por la IC, el PCA determinó que había llegado la hora de disolver su propia central, el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC), para ingresar en las filas de la CGT aquellos sindicatos que dominaba. La primera acción de la CGT estuvo centrada en la necesidad de asistir a los obreros que habían sido -y continuaban siendo- detenidos por la policía en función de la orden dictaminada por el Poder Ejecutivo nacional para amedrentar al trabajo asalariado que protestaba por los efectos de la crisis universal del capitalismo (Marotta, 1970, pp. 318-320). En este contexto de represión general, los miembros del PCA se llevaban la peor parte. La Ley de Represión contra el comunismo que con tanto ahínco había promocionado Sánchez Sorondo, fue finalmente aprobada por la Cámara de Senadores en noviembre de 1936.¹⁹ Los comunistas argentinos fueron muy habilidosos al momento de incorporar las represiones sufridas localmente por las fuerzas democráticas en un mismo movimiento sistemático internacional y en convertir las confrontaciones españolas en el paradigma de la coyuntura del momento. Así, la ley de Sánchez Sorondo quedó irremediabilmente adherida al fascismo europeo. A través de la FOARE se procedió a dar canalización efectiva a esta acción denunciatoria. Por mencionar un caso emblemático, cuando se decidió la publicación de 10.000 ejemplares conteniendo los discursos que los senadores socialistas Lisandro de la Torre y Mario Bravo pronunciaron en la cámara alta del Congreso de la Nación rechazando las ideas del conservador argentino, a quien se le dio el seudónimo de “apologista de Burgos”, se decidió que la totalidad de lo recaudado por la venta de los libros sería destinado a la ayuda del proletariado español.²⁰

¹⁹ La Ley de Represión del Comunismo había empezado a circular como proyecto en 1932 e inmediatamente generó el rechazo uniforme del movimiento obrero, plasmado por los comunistas en las declaraciones emitidas por el Socorro Rojo Internacional y el Comité de Unidad Sindical Clasista (Iñigo Carrera, 2001, p. 57).

²⁰ *La Nueva España*, 7/1/1937, p. 3.



Por entonces tenía lugar un intento de “frente popular” promovido por el PSA en su relación con la Unión Cívica Radical y el Partido Demócrata Progresista, del cual quedaba afuera el PCA. Los demás partidos que habían logrado conservar su carácter legal prefirieron no correr los riesgos que suponía estrechar vínculos con una organización política proscrita y se manifestaron reticentes a aceptar la participación de los comunistas (Ciria, 1986, pp. 69-79, 189).²¹ El PCA no contó más que con el apoyo abierto del Partido Socialista Obrero (PSO) en las negociaciones para la conformación de una Alianza Democrática. Tanto el PCA como el PSO apoyarán de todas formas la candidatura presidencial de Alvear. El líder de la IC, el búlgaro Georgy Dimitrov, se interesó por el proyecto de unidad política de fuerzas democráticas que se estaba dando en la Argentina. Tomando como parámetros los casos de Francia y España, pero señalando en todo momento la necesidad de no perder de vista ni un instante las condiciones específicas de la sociedad argentina, Dimitrov consentía el avance de las relaciones entre el comunismo y los partidos legatarios.²²

La nueva legislación represiva, según lo destaca Raanan Rein, “era lo suficientemente ambigua como para impedir también la actividad en favor de la República Española” (Rein, 1995, p. 34). Cuando se produjo el levantamiento franquista, el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina se hallaba dirigido por Carlos Saavedra Lamas. Como representante directo de los intereses de la oligarquía argentina, estrechamente vinculados a los de la clase alta británica, Saavedra Lamas se apresuró a aferrar la política internacional argentina a las disposiciones emanadas por el Comité de No-Intervención. Si

²¹ El del carácter ilegal del PCA era el motivo de mayor significación para su aislamiento con los partidos legatarios, pero también es evidente que las acusaciones recientemente vertidas acerca del “fascismo” de la segunda presidencia de Yrigoyen y de la política “socialtraidora” de los socialistas, contribuyeron a aumentar las reservas de la UCR y el PSA respecto de un potencial frente común con el comunismo (Bou, 1987, p. 12).

²² La posición del dirigente de la IC a este respecto está documentada en Dimitrov, G.: “Carta del Secretariado del CE de la IC, 29 de junio de 1937”; “Carta del Secretariado del CE de la IC, 2 de julio de 1937”; “Informe de Dimitrov del 7 de julio de 1937”. En: *La Internacional Comunista: su relación con el Partido Comunista de la Argentina, 1921-1940*, rollo 1, sección 13. En ruso [documentación microfilmada procedente del ex Instituto Marxista-Leninista de Moscú, disponible en la Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina. En adelante *Archivo IC*].



bien es cierto que, en vistas de las consideraciones ideológicas derechistas fuertemente anticomunistas de los miembros del fraudulento gobierno argentino, la prescindencia era el mejor resultado que desde la perspectiva del gobierno legal de España se podía obtener, esto de ninguna manera impidió al gobierno argentino activar sus dispositivos de control sobre las prácticas políticas civiles (Quijada, 1991, pp. 25 y 35). La oposición al oficialismo, contraria también a las simpatías de este último hacia los sublevados españoles, fue violentamente silenciada bajo pretextos basados en la necesidad de combatir al comunismo. Objeto de la misma imposición coercitiva fue el primer contingente de refugiados españoles que llegan al país en septiembre de 1936, asociados por el estado nacional con la “España roja”. Entre otras restricciones públicas, se limitaban en forma drástica los mítines políticos, quedando supeditada la realización de los mismos a la posición ideológica de los grupos organizadores.²³ De tal suerte, el propio gobierno argentino fue el que se encargó de promover la identificación de cualquier manifestación pro-republicana con toda una serie de derivas del comunismo internacional.

Incluso antes de que estallara la guerra interna y a partir del triunfo del nazismo en Alemania, ya durante el proceso electoral de noviembre de 1933, la República se había arrogado la defensa de los trabajadores ante la avanzada fascista. La identificación de la causa republicana con la causa general de la democracia es una construcción que no será abandonada y que crecerá a medida que se incrementen los derramamientos de sangre. Lo mismo ocurrirá con las perspectivas de un enfrentamiento bélico internacional originado en las insostenibles pretensiones expansionistas de las fuerzas nazi-fascistas. El campo cultural fue un espacio privilegiado para el desarrollo de los debates y la propaganda destinada a destacar la urgente necesidad de involucramiento

²³ En la ciudad de Mendoza se permitió a principios de diciembre de 1936 una reunión de apoyo al franquismo; al día siguiente un encuentro de solidaridad con los republicanos pautado por el PSA fue vedado por presuntas implicaciones comunistas (Goldar, 1986, p. 31). Las prohibiciones en torno de las manifestaciones pro-republicanas iban a adquirir formas insospechadas. Cuando el Comité Femenino Pro Ambulancia logró reunir los fondos suficientes para efectivizar el propósito de su existencia, se planeó la exhibición del vehículo equipado antes de que partiera el 10 de mayo de 1937 hacia España, pero el gobierno nacional prohibió terminantemente que fuera exhibida en público. *La Nueva España*, 6/5/1937, p. 1.



general en una lucha sin cuartel que se libraba entre la democracia y el autoritarismo. Esta operación de reconocimiento de la situación y de la conformación de los bandos antagónicos alentó entre los comunistas la necesidad de promocionar una disociación entre la causa republicana y la revolución socialista. En dicha acción jugaron un rol fundamental los pensadores y artistas hispanos que se encontraban en el exterior (Marichal, 1995, p. 264).

Cuando el republicano católico Angel Ossorio y Gallardo es designado embajador en Argentina, se ocupa concientemente de promover el carácter *universal* -no clasista- de la guerra española (Goldar, 1986, p. 119). Los esfuerzos republicanos por mostrar al mundo un gobierno democrático y pluralista, no ejercido por fuerzas políticas transgresoras de las leyes de propiedad vigentes, fueron reproducidos por los núcleos de ayuda a España en la Argentina, incluyendo la FOARE. De este modo, *La Nueva España* se esforzaba en explicar que la defensa de la República era obligación de todos los hombres y mujeres respetuosos del liberalismo, y que por lo tanto el argumento esgrimido por los enemigos del gobierno español respecto de una supuesta lucha contra el comunismo era una proverbial falacia.²⁴ La avanzada franquista no estaba dirigida a eliminar el comunismo, sino que tenía por todo propósito la aniquilación de la democracia. La clase media española no había caído presa de las tergiversaciones que promovía la unidad de derechas militar-fascista-clerical, y había comprendido a tiempo que no se avecinaban sobre la península ningún proceso de transformación anárquica ni ninguna “ola de terror rojo”.²⁵ Los comunistas -españoles, argentinos y soviéticos- estaban dando sobradas muestras de que velarían porque así fuera.

Pero el gobierno argentino de todas formas había identificado el pro-republicanismo en el país con la causa de los bolcheviques. El PCA, que había sido proscrito al poco tiempo de producido el derrocamiento del presidente radical Hipólito Yrigoyen, sumaba un nuevo obstáculo con la legislación anticomunista. Las actividades del partido quedaban relegadas a la

²⁴ *La Nueva España*, 2/1/1937, 22, p. 1.

²⁵ *Idem*, p. 2.



clandestinidad, lo que no le impediría dar muestras de una encomiable habilidad para permear en el conjunto de la sociedad argentina. La Guerra Civil española puso a prueba esta capacidad para romper la circunscripción del obrero comunista convencido, al tiempo que constituyó también una ocasión única para su maduración y perfeccionamiento. La Comisión Pro Presos Sociales, encabezada por el PCA y alentada desde su formación por el SRI, contaba con una experiencia de años en la que la defensa del anarquista español Ascaso, Durruty y Jover en 1927, si bien había provocado el malestar en el anarquismo argentino, había constituido un hito (Bayer, 2007, p. 51).²⁶ En ese entonces se había designado a Luis Riccardi para que participara en las reuniones del Socorro Rojo Internacional.²⁷ Los comunistas argentinos nunca dejaron de protestar ante los procesos abiertos contra detenidos políticos tanto de Argentina como de España. Por su parte la FOARE, principal organismo de colaboración con la causa republicana,²⁸ quedó rápidamente bajo la esfera de influencia del PCA. Bajo el control editorial de los comunistas se publica *La Nueva España*, órgano de prensa del Comité de Ayuda al Gobierno Español del Frente Popular, que tiene una tirada de 45.000 ejemplares. Esta intensa participación en los legalizados movimientos de solidaridad es lo que, durante este periodo, permite al proscrito PCA tomar de manera eficiente contacto con las masas. Su intervención en la guerra fratricida les permitió a los comunistas argentinos interactuar en la sociedad argentina desde una posición activa que, dado el contexto político nacional, no habrían podido conseguir por otros medios. Pero, a su vez, se ha de señalar que si el comunismo logra erigirse en el gran organizador de la solidaridad con la República, ello se debe en parte al

²⁶ Más adelante también la CGT daría forma el 31 de agosto de 1931 a un Comité Pro Presos con la función de presionar al Estado para obtener la liberación de los casi 6.000 obreros que estaban detenidos por reclamos sociales y sindicales. Matsushita, 1983, p. 86. Del mismo modo, en 1933 el PSA dará forma a su propio Comité para la defensa legal de los trabajadores contestatarios. A diferencia de lo sucedido con el organismo del PCA, el de los socialistas rivalizaba con aquel que había fundado la propia central que integraba, y por ello su acción fue motivo de malestar (Godio, 1989, p. 43).

²⁷ *Archivo IC*, rollo 4, sección 31, Reunión del CC, 18/3/1927, p. 1.

²⁸ El pequeño grupo de federaciones de carácter nacional que fueron formados en la Argentina se completó con la Asociación Amigos de la República Española (ARE) y la Comisión Coordinadora de la Ayuda a España en Argentina (Coordinadora); la FOARE demostró ser la más dinámica de ellas tres las tres federaciones de carácter nacional. También existió desde temprano una gran cantidad de comités provinciales de ayuda a la República.



hecho de que ejercía un hábil pragmatismo en otro ámbito legalizado: la práctica sindical.

Es la realidad de lucha contra el nuevo orden antiliberal lo que conduce al movimiento obrero argentino, en la comprensión de problemáticas comunes, a tomar partido por la defensa de la República española.²⁹ A partir de los años '30 el peso de la dirección de los sindicatos había ido traspasando de los servicios a la industria y la construcción (Godio, Palomino y Wachendorfer, 1988, p. 35). Desde que los reclamos de los albañiles concluyen en la huelga exitosa de los días 7 y 8 de enero de 1936, los comunistas, que habían sido los conductores de la lucha y que en adelante se convierten en los forjadores de la Federación Obrera Nacional de la Construcción, ganan considerable prestigio entre los obreros. En los años siguientes, el de la construcción demostrará ser el gremio más dinámico del movimiento obrero, lo que se verá reflejado en el creciente número de cotizantes registrado en sus filas (Durruty, 1969, pp. 51-ss). Esto situaba al comunismo en una posición favorable al momento de ejercer una fuerte influencia en el planteo de directrices para hacer frente desde la Argentina a la realidad española, actividad que, simultáneamente, posibilitaba al PCA cooptar mayores apoyos en los mundos del trabajo. Así, la agitación político-social expresada a través de las campañas de lucha gremial y de lucha antifascista conformaba un mismo proceso dialéctico.

Consideraciones finales

Mucho se ha dicho acerca de la importancia que revistió para las grandes potencias beligerantes en la Segunda Guerra Mundial la experiencia de 1936-1939 en el diseño de estrategias militares novedosas. Pero para los comunistas el proceso de alternancia política entre derechas e izquierdas convirtió desde un principio a España en un campo de experimentación del cual podían y debían obtenerse conclusiones ciertas respecto de la manera en que era

²⁹ Con anterioridad a las prácticas de "frente popular" de Europa occidental, "los actores políticos de esta etapa argentina, se rehusaban a asociar las amenazas que pesaban sobre el futuro de la democracia en el mundo con los dilemas que ésta afrontaba en la Argentina" (Halperin Donghi, 2004, p. 15).



conveniente interactuar con las demás fuerzas políticas y sindicales acorde a la coyuntura internacional.

La reacción de los obreros argentinos ante la situación generada por los momentos históricos conformados en la revolución de Asturias y la guerra civil de España estuvo ligada a la coyuntura político-económica que por entonces atravesaba la Argentina, y que se plasmaba en el reacomodamiento de fuerzas de las distintas clases sociales. Es decir, para que las masas de trabajadores argentinos pudieran disponer de una capacidad de respuesta al pronunciamiento franquista de julio tan amplia como la que esgrimieron, debió ocurrir previamente un salto cualitativo en la naturaleza inherente a su condición de masas políticamente oprimidas.

Al interior de la CGT se había producido por entonces una profunda compulsa por la decisión original de mantener a la central obrera alejada de todo partido político y grupo ideológico. Promediando la década de 1930, los socialistas comenzaron a cuestionar el apoliticismo taxativo del sindicalismo en detrimento de una orientación de aproximación a las fuerzas democráticas que clamaban por el restablecimiento del orden constitucional (Baily, 1985, pp. 67-69). Dicha operación de traspaso ya había sido operada en las organizaciones de trabajadores de España y Francia, bajo el marco de los frentes populares, experiencia que, sin lugar a dudas, ejerció una influencia fundamental en la reformulación estratégica del Partido Socialista Argentino y de otros partidos políticos.

La huelga general de enero de 1936 adviene a posibilitar un mayor ejercicio de agitación por parte de la clase obrera en pos de la obtención de mejoras sustanciales en sus condiciones materiales de existencia. Esto trajo aparejado, indefectiblemente, un incremento de afiliados en las organizaciones de combate del proletariado. Pero fueron en gran parte las repercusiones generadas entre los obreros argentinos a partir de los sucesos políticos del octubre asturiano primero y del compromiso por la defensa del gobierno republicano después, las que constituyeron la base necesaria para romper con el estado de desactivación política que era una constante desde el momento en que se produjo la interrupción de la democracia.



Bibliografía

Alvarez, Ceferino. (2002). El Sindicato Único de Mineros de Asturias (SUM). 1922-1935. *Espacio, tiempo y forma. Serie V: Historia Contemporánea* N° 15: 279-315.

Avilés Farré, Juan. (2008). Los socialistas y la insurrección de octubre de 1934. *Espacio, tiempo y forma. Serie V: Historia contemporánea* N° 20: 129-157.

Baily, Samuel. (1985). *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.

Bayer, Osvaldo. (2007). *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*. Buenos Aires: Booket.

Bou, Marilú. (Febrero de 1987). 1936: el fraude, el frente, el fascismo. *Todo es Historia*, año XIX, N° 237, 8-25.

Branciforte, Laura María. (2007). *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.

Broué, Pierre. (1985). El Partido Comunista y el Frente Popular. *Studia Histórica. Historia Contemporánea* N° 3.

Cabrera, Pablo. (2007). *Asturias 1934: la revolución en el escenario de la prensa argentina (Crítica, El Mundo, La Protesta y La Vanguardia)*. Tesis de Licenciatura, inédita. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Historia, Universidad de Buenos Aires.

Camarero, Hernán. (1° semestre de 2001). Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943. Reflexiones historiográficas e hipótesis exploratorias. *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, año XI, v. XI, N° 22, 137-155.

Camarero, Hernán. (2002). La experiencia comunista en el mundo de los trabajadores, 1925-1935. *Prismas*, N° 6, 189-203.

Camarero, Hernán. (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Carr, Raymond. (1985). Introducción del editor. En: Carr, R. (Ed.). *Estudios sobre la República y la guerra civil*. Madrid: Sarpe.

Ciria, Alberto. (1986). *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*. Buenos Aires: Hyspamérica.



Comisión del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina. (1947). *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*. Buenos Aires: Anteo.

Dimitrov, Georgi. (1975). Pis'mo G. Dimitrova v komissiiu po vtoromu punktu poriadka dnia kongressa. En: Shirinia, K. K. (otvetstvennyi redaktor). *VII Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala i bor'ba protiv fashizma i voiny (Sbornik dokumentov)*. Moskva: Politizdat [extraído de la revista *Voprosi Istorii KPSS*, No. 7, 1965: 83-85].

Dimitrov, Georgi. (s/f). La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo. AA.VV. *VII Congreso de la Internacional Comunista. Discursos íntegros. Resoluciones adoptadas*. Madrid: Bergua.

Domínguez, Pablo. (2006). *Victorio Codovilla. La ortodoxia comunista*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Durruty, Celia. (1969). *Clase obrera y peronismo*. Córdoba: Pasado y Presente.

Edelman, Fanny. (1996). *Banderas. Pasiones. Camaradas*. Buenos Aires: Dirple.

Figallo, Beatriz. (1992). La Argentina y el régimen primorriverista. *Res Gesta*, N° 31: 99-113.

Godio, Julio. (1989). *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*. Buenos Aires: Legasa.

Godio, Julio, Héctor Palomino y Archim Wachendorfer. (1988). *El movimiento sindical argentino (1880-1987)*. Buenos Aires: Puntosur.

Goldar, Ernesto. (1986). *Los argentinos y la Guerra Civil Española*. Buenos Aires: Contrapunto.

González Calleja, Eduardo. (Mayo-agosto de 2007). El hispanismo autoritario español y el movimiento nacionalista argentino: balance de medio siglo de relaciones políticas e intelectuales (1898-1946). *HISPANIA. Revista Española de Historia*, v. LXVII, N° 226.

Hájek, Milos. (1984). *Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único (1921-1935)*. Barcelona: Crítica.

Halperin Donghi, Tulio. (2004). *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.



Heckert, Fritz. (Abrile 1933). Che cosa accade in Germania?. *Lo Stato Operaio. Rassegna di politica proletaria*, N° VII.

Ibárruri, Dolores. (1985). *Memorias. La lucha y la vida*. Barcelona: Planeta.

Institut Markizma-Leninizma pri TsK KPSS. (1975). Shirinia, K. K. (otvetstvennyi redaktor). Postanovlenie Prezidiuma Ispolkoma Kommunisticheskogo Internatsionala «o poriadke dnia VII Kongressa Kominterna». *VII Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala i bor'ba protiv fashizma i voiny (Sbornik dokumentov)*. Moskva: Politicheskoi Literatury [originalmente publicado en la revista *Kommunisticheskii Internatsional*, No. 16, 1934, p. 64].

Íñigo Carrera, Nicolás. (2001). La huelga general política de 1932: descripción de los inicios de un ciclo en la historia de la clase obrera argentina. *PIMSA. Documentos y Comunicaciones*, año V, N° 5: 227-240.

Íñigo Carrera, Nicolás. (2005). Estrategias de la clase obrera argentina: la huelga general política de agosto de 1933. *PIMSA. Documentos y Comunicaciones*, año IX, N° 9: 86-129.

Íñigo Carrera, Nicolás. (2006). El movimiento obrero organizado políticamente y el 6 de septiembre de 1930. *PIMSA. Documentos y Comunicaciones*, año X, N° 10: 48-73.

Iscaro, Rubens. (1973). *Historia del movimiento sindical*. 4 vols. Buenos Aires: Ciencias del Hombre.

Malraux, André. (1978). *La esperanza*. Buenos Aires: Sur.

Marichal, Juan. (1995). *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*. Madrid: Taurus.

Martínez Barrio, Diego. (1943). *Orígenes del Frente Popular Español*. Buenos Aires: Publicaciones del Patronato Hispano-Argentino de Cultura.

Marotta, Sebastián. (1970). *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Tomo III. Período: 1920-1935*. Buenos Aires: Calomino.

Matsushita, Hiroshi. (1983). *Movimiento obrero argentino 1930-1945: sus proyecciones en los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo Veinte.

Montenegro, Silvina. (2002). *La guerra civil española y la política argentina*. Tesis Doctoral, inédita. Madrid: Departamento de Historia de América I, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid.

Rodinevitch, Nicolás y Comin, Eduardo. (1941). *La Internacional Comunista o Komintern y sus Organizaciones Auxiliares*. Madrid: Ediciones Españolas.



Romero, José Luis. (Julio-diciembre 2011). La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: la Argentina 1936-1946. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, v. 38, N° 2: 17-37.

Ruíz, David (Comp.). (1981). *Asturias contemporánea: 1808-1975. Síntesis histórica, textos y documentos*. Madrid: Siglo XXI.

S/a. (1930). La crisis mundial, la lucha económica y tareas del movimiento sindical revolucionario. Tesis adoptadas por el V Congreso de la I.S.R. sobre los Informes de los camaradas Losovsky y Heckert. En AAVV. *Métodos y Tácticas Revolucionarias. Tesis y resoluciones del V° Congreso de la I.S.R.* Moscú: Pequeña Biblioteca de la Internacional Sindical Roja.

Shubert, Adrian. (1984a). La epopeya fallida: la revolución de octubre de 1934 en Asturias. En Preston, Paul (Ed.). *Revolución y guerra en España. 1931-1939*. Madrid: Alianza.

Shubert, Adrian. (1984b). *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*. Barcelona: Crítica.

Thomas, Hugh. (1980). *La guerra civil española*, I. Barcelona: Grijalbo.

Tuñón de Lara, Manuel. (1985). *El movimiento obrero en la historia de España*. Madrid: Sarpe.

Pagès I Blanch, Pelai. (2003). Marty, Vidal, Kléber y el Komintern. Informes y confidencias de la dirección política de las Brigadas Internacionales. *Ebre 38: revista Internacional de la Guerra Civil (1936-1939)*, N° 1: 11-26.

Payne, Stanley. (2003). *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*. Barcelona: Plaza & Janés.

Pieck, Guillermo. (S/f). Gestión del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En: AA.VV. *VII Congreso de la Internacional Comunista. Discursos íntegros. Resoluciones adoptadas*. Madrid: Bergua.

Ponce, Aníbal. (1939). Examen de la España actual. *El viento en el mundo*. Buenos Aires: El Ateneo.

Pozharskaya, Svetlana. (2003). Comintern and the Spanish Civil War in Spain. *Ebre 38: revista Internacional de la Guerra Civil (1936-1939)*, N° 1: 47-56.

Rein, Raanan. (2° semestre de 1995). Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1949. *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, año V, vol. V, N° 9: 31-52.



